

## NOTAS CRÍTICAS

### **EL RASTRO DE ELENA GARRO, IDIOSINCRASIA DEL MEXICANO**

DRA. MARÍA TERESA COLCHERO GARRIDO

OLIVIA HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

El título de la obra, *El Rastro*, tiene una reminiscencia dentro del discurso literario y así recordamos *El Matadero* del siglo XIX, excelente relato del romanticismo argentino. No podemos afirmar que la escritora se haya basado en el cuento de Esteban Echeverría (1805-1851); sin embargo encontramos una relación transtextual que presenta la función paratextual (Genette).

Ambos signos pertenecen al código de la muerte: los dos significan el lugar donde se mata a los animales. La transmutación de animales a hombres es lo que le da el tinte trágico a sendos discursos. La prepotencia y la impunidad dominan en *El Matadero* y *El Rastro*; la diferencia estriba en que, mientras en *El Matadero* se denuncia la prepotencia política oligárquica que se desliza hacia una conducta deleznable e inhumana, denigrando al protagonista y reflejando los más bajos instintos; en *El Rastro*, observamos la prepotencia y la misoginia alcanzar su máximo nivel, llegando al matadero.

La muerte y la degradación humana son centrales en ambos textos; lo interesante es que en *El Matadero* la conducta es pública,

atropellan al adversario político en la plaza. En cambio en *El Rastro*, los acontecimientos acaecen en la alcoba (Paz).

La obra se desarrolla en un acto, compuesto de veinticinco escenas. Encontramos a personajes como: hombre I, hombre II, que representan el coro de las tragedias griegas y son voces que vaticinan, auguran, condenan y hacen de conciencia, se introyectan en el yo interno del personaje principal: Adrián Barajas, joven de 23 años, esposo de Delfina Ibáñez, muchacha que aún no ha cumplido 20 años.

Es de noche y el escenario es un jacal rodeado de huizaches. La identidad del mexicano aparece en el personaje Adrián Barajas, pues muestra su machismo y una misoginia galopante. Adrián Barajas, tocado por el alcoholismo, aparece en escena anunciado por el coro:

Hombre I. – ¡Óyelo!, ahí viene ya, tropezándose con sus pecados, llorando sus pesares, embriagado sus pesares, embriagado en su desdicha, buscando lo que ya perdió.

Hombre II. – ¡Ah qué muchacho ingrato!... anda, busca y busca...

Hombre I. – Anda penando, desalojado del mundo, marcado por la vergüenza, solo, por el camino sin regreso.

Hombre II. – Desgraciado, sosiégate, que al fin lo único que vas a hallar es la muerte.

En cuanto aparece Adrián escuchamos el discurso prepotente: “¡Yo soy el león encumbrado!” y entra en escena dando traspiés y grita: “Soy la torre de marfil ¡Yo soy el rey de espadas!” Adrián Barajas anda en busca de su identidad, pero la identidad que vamos a considerar es la que presenta a lo largo de la acción de la obra.

Avanza por la escena tambaleándose y se tropieza: e invoca: “Échenle una mano a Adrián Barajas” y una voz irónica le contesta: “Pedigüeño, nadie le da una mano a nadie, no lo pidas.”

En esa identidad hemos de considerar que Adrián ha quedado desprovisto de la mano de Dios. Y dice: “¿quién fregó a la divina providencia? ¿Quién la fregó para dejarme solo tirado en este muladar de escupitajos? [...]”

Hemos de destacar que, dentro de la identidad de Adrián, encontramos la herencia cultural, como apunta uno de sus conciencias:

Adrián Barajas, aquí, sentando, igualito a su padre, que le clavaba espinas en las corvas y hacía que su madre se tragase su propia sangre. Sí, igualito al cabrón de su padre, con la víbora que lo está masticando subiendo y bajando adentro de su pecho y luego ¡abandonado! ¡tirado en el rastro donde a pedradas se llevaron a la divina providencia!

La metáfora: *de a pedradas se llevaron a dios*, significa que son un grupo de marginados, cuyo destino es vivir la ingrata suerte del salvaje rastro.

En las siguientes palabras de Adrián se expresa la desesperación ante la indolencia: “Tanto ojos de cordón cerrándome el camino. Acomodados en la cerca en la fila de iguanas, empedrados en la veredas sin parpadear...” y sigue expresando un mal augurio; “Ay ojitos que me retratan ahorita sí van ver lo que antes nunca vieron” y así con una bellísima metáfora Adrián nos describe su puñal:

¡Tú, hermosa rama blanca, encuéntrame el camino que nos lleva al paisaje en donde vamos todos con los cabellos sueltos, pisando apenas la pradera de largas cabelleras verdes y ondulantes al viento! Cavar el agujero en el pecho del hombre es abrir la gran puerta que nos conduce a tu mar. En la otra orilla nos encontramos los que supimos agarrarnos a tu rama salvadora: blanca en la noche, afilada en el día, disciplinada al golpe, hermosa rama blanca, cuya forma es el pico de una estrella y que acá en el rastro nombran puñal, ¡ayúdame!

Y uno de los hombres, que sirve de conciencia, describe la llegada de Adrián:

Entra a tu casa. Acuérdate desgraciado, de que tienes mujer y la conoces. A oscuras te espera como la maligna, sentada junto al comal, velando las cenizas y tus ingratos pasos. Está juntando las flores de carbón para coronarte de pecados. No las espantes con tus gritos.

También vale apuntar no es nuevo en la literatura universal de que se escriba un personaje del sexo opuesto que el escritor: recordemos el caso de Eurípides en su tragedia *Medea*, en el que el personaje principal es una mujer. Sin embargo, el éxito de Elena Garro es que, si bien en la tradición literaria han existido los escritores que elaboran personajes femeninos, Garro no escribe desde el punto de vista feminista, sino hace un acercamiento al pensamiento tradicional del hombre. No se observa una defensa directa de las mujeres, aunque se puede percibir la existencia implícita de un discurso de reclamo, de protesta sobre el trato que sufren éstas. La posición misógina se observa en los diálogos que Adrián tiene con su conciencia, que causalmente no es una dualidad ni femenina, ni masculina. Y esto sirve para plantear el problema de la subordinación de la mujer en una relación amorosa. El hombre, al no encontrarse a sí mismo, ocasiona que la relación de pareja sea accidentada y con muchas tropiezos. Adrián al ser un joven de 23 años se casa llevado por el impulso sexual y emocional, pensando que así resolverá los problemas del pasado, la violencia que sufría con su madre. Pero al ver que nada resuelve su vacío ante la vida, cuando expresa “La noche esta vacía de palabras”, considera que la culpable de ello es Delfina Ibáñez, su mujer.

En primer lugar no reconoce que está enamorado de ella y la define a partir de una categorización tradicional: “La mujer de placer es un animal cualquiera”. No la aprecia como un ser igual, la baja de rango, a un simple cerdo. Se puede observar esto cuando una de sus conciencias afirma el papel de la mujer y del hombre: “El hombre vuela más alto que una gaviota y a la mujer le toca mirar su vuelo y acatar sus voluntades”.

Con lo anterior se expresa con prepotencia que el hombre está destinado a la libertad, a alcanzar objetivos y a obtener éxitos y a la mujer, por ser mujer, le toca ser espectadora ante los logros del hombre, arrastrase por el suelo y quedar anulada.

Adrián, al permitir que Delfina lo enamore, está viviendo en las mismas condiciones deplorables en el contexto rastral y si la mujer debe vivir y morir como animal de rastro, ¿por qué el hombre, como en algunos diálogos Adrián manifiesta con soberbia, ha de ser el “pájaro real”, debe vivir en las mismas condiciones que una mujer?

Entonces el amor que siente Adrián lo obliga a rebajarse a vivir en las mismas circunstancias y si la mujer esta consignada a vivir en el rastro, el hombre como “pájaro real” no debe vivir así.

La mujer usa su belleza para impedir su destino, sus poderes sirven para ocultar su monstruosidad, como Adrián enuncia antes de cometer el acto de violencia contra Delfina: “No te escondas detrás de tus cabellos”.

Delfina por estar enamorada, acepta su sumisión y dice que cuida sus ideas para que no salgan: “aquí estoy velando mis pensamientos y escuchando los tuyos”. Y reafirma su posición al enunciar: “mi cuerpo está bajo tus ojos”. Pero Adrián intenta callarla, no quiere oír su dulzura, porque es consciente de sus “embrujo”, y le reclama: “No quiero oír replicar al tamborcillo de tu voz. Las palabras que te di, ya que son mis palabras [...] estoy maldito por haberme enredado en tu lengua y en tu falda”.

Adrián expresa que la mujer no tiene derecho a opinar con la siguiente sentencia: “Cuando la mujer habla, y el hombre escucha,

el hombre muere". Adrián siente que le está sucediendo lo mismo al aceptar que Delfina se siente su igual. Delfina trata de convencerlo de que la relación se mantiene por decisión de los dos. Él ha olvidado los ratos que han pasado juntos, al expresar: "Tu lengua ya olvidó el placer [...] Te di sombra cuando andabas como perro sediento y nunca te privé del agua fresca, ni de la flor del tiempo." Ella nunca ha sido egoísta, le dio bienestar y compartió su juventud con él.

Sin embargo, Adrián ante esto le responde con sarcasmo y al final con advertencia: "¿No sabes que si nadie oye a Adrián Barajas van a oír a Delfina Ibáñez? [...] La fuerza del hombre es ésta, no te compares conmigo."

Al concluir la discusión, ella le suplica que si la va matar, que no lo haga como si fuera un animal de rastro, quiere dignidad: "Déjame llevar un poquito de luz dentro de mis ojos... no me dejes que me vaya en tinieblas".

Una de las conciencias de Adrián, el hombre I, influye para que asesine cobardemente a Delfina. El hombre II da conocer las circunstancias en que murió la mujer, pues al estar en la más entera oscuridad, uno como espectador se imagina la masacre que hizo Adrián con Delfina, sin la más mínima compasión:

Hombre I: Que no la mire a los ojos, porque se chinga.

Hombre II: No la mira... Por eso apagó la luz.

Al terminar todo este suceso desagradable, como si hubiese sido una guerra, el hombre I anuncia la victoria de Adrián: "Ahora se desamarró las alas" Aunque Adrián siente que fue un benefactor con un exclamación de misericordia, como si: "ya paró de sufrir ¡Quién fuera ella!... Nadie la toca ya... está muy lejos paseándose con su hermoso pelo suelto... Le corté los años de sufrir entre las piedras!"

No obstante, su estado de gloria se extingue; empieza por reconocer que nunca trató bien a su madre y por su virilidad se dejó atrapar por el físico de Delfina, “Todo sucedió por el lunar de Delfina Ibáñez [...] a causa de su falda lila, curvada como el pecho de una garza”.

Recuerda tristemente que su madre fue tratada como un cochino, con esta imploración ¡Aquí está tu hijo, Adrián Barajas [...] solo, llorándole a su madre, que pidió tortillas duras” Nótese el sintagma tortillas duras, pues algunos cerdos son alimentados de esta forma.

Adrián se arrepiente de matar a su esposa, llora y su conciencia le dice burlescamente que no recuperó nada, pues sin la esposa o con ella, no cambió nada, ni alivió su dolor: “¿Y las alas? Ja, Ja, Ja ¿Qué solo te queden pies para tropezarte entre las piedras y para que te lleven a donde no quieres ir?”

La pieza teatral termina exponiendo la gran tontería de Adrián y su próxima muerte, cuando el hombre I lo impulsa al suicido emite la siguiente frase burlesca: “para que aprenda aunque sea tarde”.

Como conclusión, proponemos que Elena Garro, con esta “tragedia moderna”, como la calificó Héctor Azar, sigue practicando los principios aristotélicos de la imitación y la catarsis. Aunque Adrián no está influido por los dioses y sus designios, tiene una ventura en la que está implícita la idiosincrasia del mexicano, quiere evadir su destino, como le sucede a Edipo Rey al desear no matar a su padre y casarse con su madre y hace todo lo posible para esquivar su fatal sino. En *El Rastro*, Adrián se enfrenta al destino de ser misógino, pero muere de la misma manera que Edipo Rey, con el dolor del castigo.

## Referencias

Garro, Elena

1991 “El Rastro” en Pérez Quitt, Ricardo, coord. *Dramaturgos de Puebla en un acto*. México: Gobierno del estado de Puebla, pp. 13-29.

